

Armando O. Caballero

ANTONIO MACEO La protesta de Baraguá


CUBA

ANTONIO MACEO

La protesta de Baraguá

Armando O. Caballero



Edición: Ofelia Llenín del Alcázar
Diseño: Enrique Martínez Blanco
Ilustraciones: Bladimir González Linares

EDITORIAL GENTE NUEVA
Calle 8 no. 469, Vedado, La Habana

7-26676 / **NIVEL JUVENIL**

Este libro ha sido impreso por la Unidad Productora 06, «René Meneses», en el mes de marzo de 1977, «Año de la Institucionalización»

DIEZ AÑOS llevaban los cubanos peleando contra España para tratar de conquistar su independencia, desde que Carlos Manuel de Céspedes se lanzó a la lucha el 10 de octubre de 1868, dando el Grito de Yara en su ingenio La Demajagua. Habían sido diez largos años de heroicos combates y de grandes sufrimientos.

Era el año de 1878, y desde hacía dos, España estaba preocupada porque con más de ciento cuarenta mil hombres y un gasto de cerca de setecientos millones de pesos —según el testimonio del capitán general español Joaquín Jovellar—, no había logrado dominar a los insurrectos cubanos que apenas eran algo más de cuatro mil. Esto, unido a la experiencia de las guerras de independencia que ya la metrópoli española había tenido con sus colonias de América, le demostraban, sin lugar a dudas, que la solución del problema de esta guerra que libraba en Cuba no podía ser considerado en términos estrictamente militares. Por esta razón, el gobierno español envió a nuestra Patria, el 3 de noviembre de 1876, al general Arsenio Martínez Campos, uno de sus mejores militares, mas no en plan de guerra, sino con amplios poderes para llevar a cabo arreglos de paz.



Los **mambises,** como se llamaba a los cubanos insurrectos, peleaban con gran valentía y sabían luchar en forma guerrillera contra tan poderoso enemigo, pero no habían logrado adquirir la experiencia necesaria para obtener el triunfo total y definitivo. Las divisiones entre los revolucionarios eran un serio obstáculo para que la guerra terminara con el triunfo de los cubanos; pero los españoles tampoco podían ganar esta guerra, a pesar del crecido número de soldados que tenían peleando en Cuba, con el mejor armamento de la época y dirigidos por oficiales de carrera, muchos de ellos de renombre universal. De todo esto se percató muy bien el general Martínez Campos, que se hacía llamar el Pacificador, y, además, no era un secreto para él que el ejército mambí no peleaba por la paga, es decir, por dinero, sino por razones políticas. Esta fue la razón por la cual dirigiera todo su esfuerzo a minar políticamente al ejército mambí y por ese camino obligarlo a concertar la paz. Este plan concebido por el enemigo se vio extraordinariamente

favorecido por la situación de descomposición política que ya reinaba en la Cámara de Representantes del Gobierno cubano en Armas.

Por eso España puso todo su empeño en llevar a cabo gestiones de paz, porque ya la guerra le estaba costando mucho dinero y su tesoro público estaba casi agotado. A ello vino el general Martínez Campos, que había nacido en Cuba y era mulato, hijo de un antiguo oficial del ejército español y una criolla negra. Su padre se lo había llevado para España de pequeño, donde cursó todos sus estudios hasta graduarse de oficial.

El día 13 de enero de 1877, lanzó Martínez Campos su primer bando destinado a desmoralizar la insurrección. Por este bando se anunciaba el indulto de todos los desertores del Ejército Libertador y disponía que se entregaran cinco pesos oro a todo el que se presentase con sus armas y de veinte pesos al que lo hiciese con un caballo. No había la menor duda que este primer bando iba destinado a la tropa insurrecta y no a la oficialidad cubana.

En el mes de mayo de ese mismo año de 1877, el jefe español se dirigió directamente a los terratenientes alzados, en un nuevo bando que daba a conocer un decreto por el que ordenaba el sobreseimiento de los embargos de tierras en tramitación, así como la devolución de tierras y bienes de aquellos jefes insurrectos que se presentasen a las fuerzas españolas.



Con estas medidas el Pacificador comenzó a trazar el camino que lo llevaría, meses más tarde, a lograr la firma del llamado Pacto del Zanjón, mediante el cual se interrumpiría aquella larga y sangrienta lucha entre la metrópoli colonial española y los cubanos que luchaban por obtener su independencia.

Desde luego, que estas medidas tendientes a terminar la guerra, no dieron inicialmente el resultado que de ellas esperaba el general Martínez Campos. Oriente y Las Villas, sobre todo, continuaban la lucha sin merma alguna de entusiasmo y decisión de triunfar: jefes como Serafín Sánchez, Ramón Leocadio Bonachea, Carlos Roloff y otros, en la región villareña; y los Maceo, los Crombet, Guillermón Moncada, Martínez Freyre, Francisco Borrero y algunos más, en Oriente, estaban decididos a seguir combatiendo a las tropas españolas sin merma alguna de combatividad y arrojo.

Sin embargo, en Camagüey, donde estaba residiendo el Gobierno en Armas, comenzó a mostrarse una débil



oposición a los embates del enemigo. A fines de 1877, sólo el brigadier Gregorio Benítez quedó en disposición de seguir luchando hasta vencer o morir, sin aceptar ninguna de las condiciones de paz propuestas por el enemigo. Precisamente aquí en la región camagüeyana, se hallaba el general Máximo Gómez, quien por esta fecha seguía firme en su confianza en las fuerzas mambisas como lo demuestra la carta que enviara a Manuel Sanguily, fechada el 1º de octubre de 1877, y en uno de cuyos párrafos decía categóricamente:

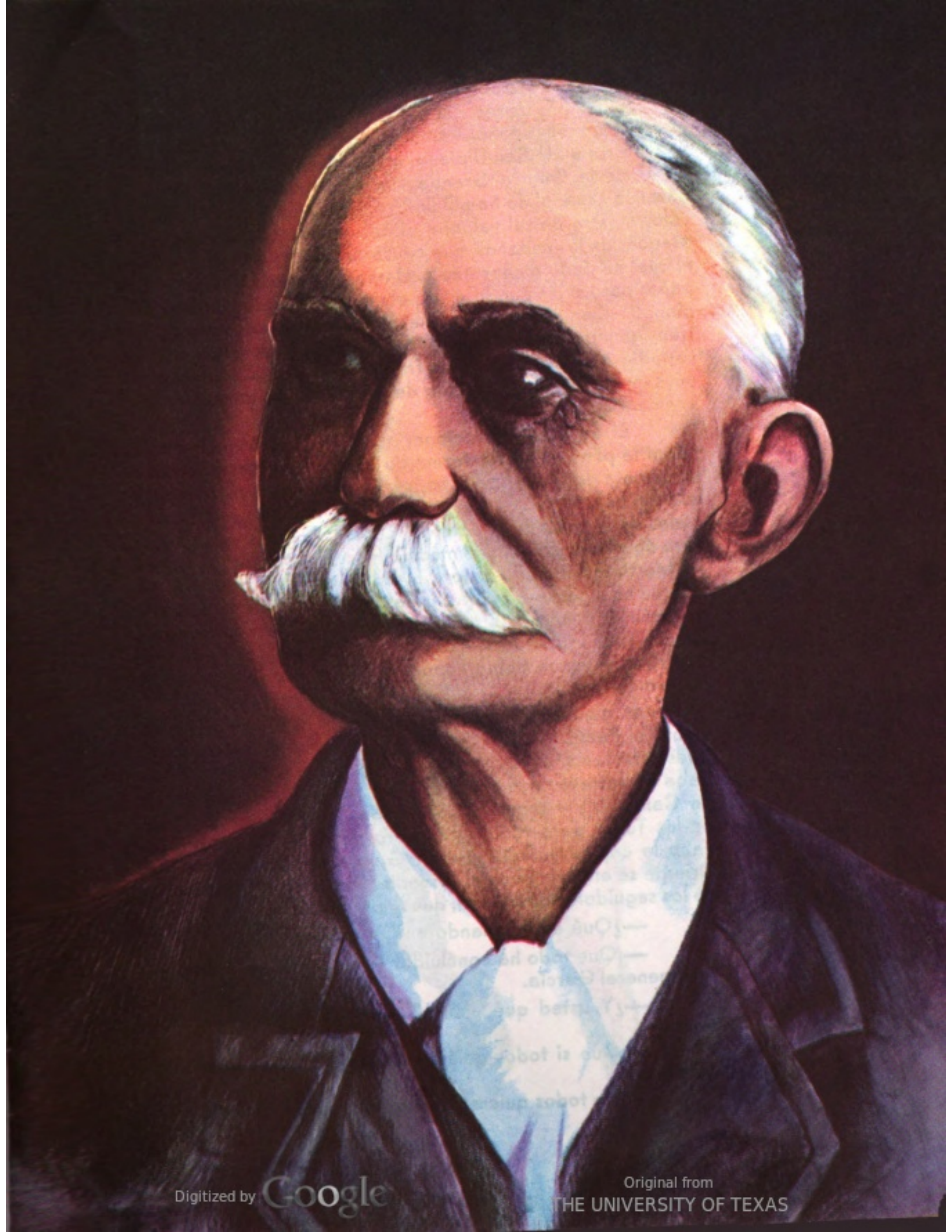
...como la revolución no puede sucumbir, es indispensable que Martínez Campos se agote, y una vez sucedido esto, la decadencia de España es segura y lo será también el nuevo pujante poder de la revolución, porque ella tiene que seguir su curso natural fecundo, como un manantial que a la influencia de los primeros asomos primaverales se fertiliza y corre. Así quedó demostrado en los años 74 y 75 después de los años 71 y 72.

Pero dos meses después se iniciarían los contactos preliminares para las negociaciones con España. La mayoría de los miembros del Gobierno en Armas se mostraban partidarios de lograr la paz a toda costa y fue precisamente en estos cruciales momentos cuando el bravo general dominicano, tan querido, respetado y admirado por todos los cubanos, se abstuvo, erróneamente, de enfrentarse a ellos, manteniéndose marginado por un sentido de disciplina totalmente absurdo, que lo llevó a acatar lo acordado por los firmantes del Pacto. El general Gómez, no obstante, no dejó de censurarlos fuertemente y de reprochar a los principales responsables de la capitulación, tal y como podemos leer en su famoso **Diario de Campaña.**



El 8 de febrero de 1878, en un lugar conocido por San Agustín del Brazo, se reunió la Cámara de Representantes para dictar su disolución, designando en su lugar el denominado Comité del Centro, encargado de negociar la capitulación. Este Comité envió sus comisionados al campamento del Zanjón, donde se encontraba el general Martínez Campos. Dos días más tarde, el 10 de febrero, el jefe español comunicó al Comité del Centro que aceptaba las bases acordadas por los cubanos y ordenaba la suspensión de las hostilidades.

La lucha parecía llegar a su fin al firmarse el llamado Pacto del Zanjón, pero el general Antonio Maceo seguía librando encuentros victoriosos con sus enemigos, como los de Llanada de Juan el Mulato, en el que con sólo sesenta



hombres obtuvo un resonante triunfo sobre las tropas del teniente coronel español Ramón Cabezas, quien murió en el encuentro; el de San Ulpiano, uno de los más célebres combates de la Guerra Grande, en el que derrotó al famoso batallón español de San Quintín. Es de señalar que los españoles mostraron tal valentía al defenderse de los repetidos ataques de los cubanos, que causaron admiración en Maceo, el cual no pudo menos que exclamar: "¡Nunca diré viva España; pero sí les puedo gritar vivan los valientes de San Ulpiano!" Con ello demostraba el general Maceo que su intransigencia revolucionaria para con el enemigo no le impedía reconocer su valor frente a los demoledores ataques insurrectos, aun cuando desease de todo corazón acabar con todos ellos.

El espíritu revolucionario de Antonio Maceo no le permitía pensar en otra forma de acabar la guerra que con la derrota total de los españoles, y confiaba plenamente que así habría de ser. Por eso, cuando recibió noticias oficiales de la firma del Pacto del Zanjón, le dijo a su compañero de armas y amigo, el médico Félix Figueredo: "...¡cuando Martínez Campos acepta o propone una transacción es porque no alcanzará por las armas la victoria!". Y tenía toda la razón el general Antonio al pensar así, pues la Paz del Zanjón fue el último recurso de España para dar fin a una guerra que nunca hubiera podido ganar por la fuerza de las armas.



El general Maceo, pues, no aceptó en ningún momento el Pacto del Zanjón y a su actitud se unieron varios jefes orientales, como el general Vicente García, que acababa de entrevistarse con Martínez Campos en la provincia de Camagüey y regresaba a su zona oriental de Victoria de las Tunas para recoger al resto de su tropa y llevar a cabo la capitulación. Al entrar García en la provincia de Oriente se encontró con el brigadier Francisco Borrero, uno de los seguidores de Maceo, que le preguntó:

—¿Qué está pasando en Camagüey?

—¡Que todo ha concluido! —respondió de inmediato el general García.

—¿Y usted qué piensa? —volvió a preguntar Borrero.

—¡Que si todos quieren la paz, yo corro la misma suerte!

—¡No todos quieren la paz, aún queda Oriente!



Ante esta tajante respuesta del brigadier Borrero, el general Vicente García quedó evidentemente sorprendido, pues creía con firmeza que en todas partes se había aceptado el Pacto del Zanjón. En ese momento supo que los orientales, bajo el estímulo del general Antonio Maceo, se mantenían en plan de guerra, rechazando toda clase de acuerdo con el enemigo. El general García, una vez salido de su sorpresa, decidió también continuar en guerra y unirse a los que no aceptaron pacto alguno y mucho menos la paz.

Al firmarse el Pacto del Zanjón, grandes contingentes de camagüeyanos y no pocos villareños depusieron las armas. Los planes de paz del general español Martínez Campos parecían tener éxito, pero este éxito no era total. En Las Villas quedaban patriotas como Serafín Sánchez, Emilio Núñez, Ramón Leocadio Bonachea, Carlos Roloff y otros, que, como Antonio Maceo en Oriente, al frente de un crecido número de mambises y el brigadier Gregorio Benítez en Camagüey, con una pequeña tropa, no aceptaban dichos planes de pacificación propuestos por el enemigo de Cuba Libre. Martínez Campos sabía bien que sin la aceptación por parte de Maceo y los otros patriotas en armas, de las proposiciones de paz, ésta no podría ser completa. "Hay que ganarse a Maceo", dijo el oficial español, porque lo consideraba "la clave de la verdadera paz".



El general Maceo tenía su orgullo producto de su propio valer y de su actitud tan revolucionaria como intransigente. De aquí que el Titán de Bronce no mostrase el menor interés en una entrevista con el general español, aunque tampoco la rechazaría en caso de llegar a producirse. Maceo, y con él otros jefes insurrectos, sabían muy bien que el Zanjón había sido una capitulación en la que un grupo, capitaneado por la burguesía terrateniente, tomando solamente sus propios puntos de vista, se atribuyó el derecho de pactar la rendición de todas las fuerzas revolucionarias. Esa burguesía terrateniente evidenció así su incapacidad para continuar dirigiendo la lucha armada por su tendencia a los "compromisos" y a la "capitulación", aparte de lograr la salvación de sus intereses particulares perdidos o en vías de perderse al continuar la guerra. Por eso, el general Antonio la calificó de "rendición deshonrosa" y su decisión de no acatar pacto ni paz alguna, significó el ascenso a la dirección revolucionaria del país de los elementos representativos de las clases y capas más humildes y explotadas y, por lo tanto, más consecuentes en la lucha a muerte contra el colonialismo español.

Mientras llegaba el día de la entrevista, buscada ansiosamente por Martínez Campos, Maceo se dedicó a reunir los insurrectos que estaban dispuestos a seguirlo en la continuación de la guerra. Deseaba y necesitaba reorganizarlos, con el objeto de llevar a cabo la mejor resistencia posible en Oriente, como la más rotunda y firme oposición al pacto recién firmado.

El día de la famosa entrevista llegó al fin. Fue el 15 de marzo de 1878, y sería en el lugar conocido por Los Mangos de Baraguá, en el centro y algo hacia el sur de la provincia de Oriente. Gran curiosidad despertó este encuentro en las filas del ejército español y sus principales jefes en Cuba se mostraban ansiosos por acompañar a Martínez Campos. Todos querían ver de cerca a aquel valiente mambí que después de diez largos años de cruenta lucha, se negaba a negociar la paz, prefiriendo antes la muerte que la rendición.

El general Arsenio Martínez Campos partió con su numerosa comitiva de Santiago de Cuba rumbo al poblado de San Luis, donde se detuvo breves momentos. A punto de continuar la marcha hacia Baraguá, alguien se le acercó al general español y le entregó un sobre que contenía el siguiente anónimo: "No acuda usted a la entrevista con el mulato Maceo; será asesinado." Martínez Campos leyó aquella absurda advertencia sin dar la menor muestra de sorpresa, y guardó el papel en el bolsillo de su guerrera con el mayor silencio. Ninguno de sus acompañantes supo del anónimo en aquel momento. No obstante, el jefe español, mostrando un indiscutible sentido de prudencia ante la extraña advertencia, anunció a los oficiales presentes que sólo lo seguirían al lugar de la entrevista los brigadieres Camilo Polavieja y Narciso Fuentes, los coroneles Emilio March, Alejandro Moraleda y José Arderius, el comandante Ponfil, el médico Ledesma y sus edecanes. La comitiva, precedida de sólo 24 jinetes como escolta, tomaría el camino de Mayarí rumbo a la sabana del Cayo y llegaría a la del Hato del Medio, para de ahí tomar un trillo hacia la izquierda que habría de conducirlos directamente hasta Baraguá.



Al parecer, algunos cubanos tuvieron la nefasta idea de aprovechar esta conferencia en Baraguá para atentar contra la vida del general Martínez Campos. El plan llegó a oídos de Maceo que se hallaba en Loma de Bío reponiéndose de las graves heridas recibidas en el pecho, antebrazo y mano derechas, durante el combate librado en el Potrero de Mejía a principio de agosto de 1877. Se murmuraba el





nombre de Flor Crombet como uno de los complicados y de quien el general Antonio tenía un elevado concepto y le profesaba profunda estimación. Visiblemente enojado, procedió de inmediato a escribirle a Crombet sobre el asunto y en cuya carta le decía entre otras cosas:

"... aunque estaba grave, quise contribuir a que no se realizara, creyendo que los cubanos con este hecho se harían pequeños, y en particular escribí a usted temiendo que su nombre se confundiera con los de aquellos que no presentan el cuerpo a las balas, y que apelan a tan reprobable medio, aunque estaba convencido de que usted no tan sólo no tomaría parte en asunto tan asqueroso, sino que trataría de evitar que otro lo cometiese. Semejante hecho no es digno de los hombres como Ud., por cuya razón tomé con tanto calor la cosa, a fin de que usted no tomase parte en el asunto y que lo impidiese si posible le fuera... Cuando supe tal cosa me llené de indignación, porque veía que esos señores apelaban a un medio tan poco honroso: tan cobarde proyecto era el único trabajo que habían hecho en la campaña, combinar el plan de asesinar al contrario sin exponer la pelleja... "

Y añadía más adelante:

"... lleneme de indignación cuando lo supe y dije que el hombre que expone el pecho a las balas y que puede en el campo de batalla matar a su contrario, no apela a la traición y a la infamia, asesinándole; que aquellos que quisieran proceder mal con ese señor sepan que tendrán que pisotear mi cadáver; y que sepan que yo no quiero la libertad si a ella va unida la deshonra. Espero su pronta contestación; y que me diga quienes son los que aún piensan en el asunto".



Esta carta de Maceo a Flor Crombet no llegó a su destino, pues el correo que la llevaba fue interceptado por los españoles, yendo a parar la misma a manos del general Martínez Campos con posterioridad a la entrevista. Visiblemente conmovido el general español por la grandeza de espíritu de su autor, le escribió al Titán de Bronce las siguientes líneas con fecha 28 de abril de 1878, es decir, mes y medio después del encuentro en Baraguá:

"Señor Antonio Maceo. La casualidad ha hecho que caiga en mi poder una carta que usted dirigió al señor Flor Crombet y los sentimientos caballerescos que en ella manifiesta usted, anatematizando un proyecto en contra mía, me ha impresionado vivamente y desearía tener la ocasión de estrechar la mano de usted como amigo, pues ha sido un enemigo leal.

S. S. Q. S. M. Arsenio Campos."

Sabedor Maceo de que Martínez Campos estaba en camino de Baraguá, envió a Pedro Manuel Díaz al encuentro del general español, llevando documentos de presentación y de ratificación del lugar y hora de la entrevista."Vaya y venga lo más rápido que pueda", dijo Maceo a Díaz al entregarle la documentación y tras una breve pausa añadió: "Coja usted mi caballo para que no tenga problemas y adviértale a Martínez Campos de parte mía, que no me traiga ningún 'guerrillero'." (Debemos aclarar que durante nuestras guerras independentistas, en el pasado siglo, se denominaban "guerrilleros" a los cubanos que peleaban a favor de España. Hoy en día, sin embargo, el "guerrillero" es un verdadero revolucionario que lucha por la liberación de su pueblo, o de cualquier otro pueblo hermano, oprimido por una tiranía o un gobierno burgués proimperialista.) Díaz cumplió su cometido con gran rapidez y eficiencia y de regreso al campamento mambí le hizo presente al general Maceo la respuesta del general español a la advertencia del primero: "Dígale a Maceo que sólo llevaré hombres del ejército regular."

Aclaraba el día 15 de marzo de 1878, y en el campamento insurrecto de Sabana de San Juan se tocaba un repetido toque de diana. Allí tenía Antonio Maceo su cuartel general. Apenas terminada la diana, ordenó a sus ayudantes que avisaran a todos los jefes y oficiales que se habían concentrado en el campamento para que se presentaran ante él de inmediato, con el objeto de invitarlos para que lo acompañasen hasta las inmediaciones de Baraguá, donde se verificaría la entrevista con Martínez Campos. Entre estos oficiales y jefes se encontraban el mayor general Manuel Calvar, el jefe de sanidad Félix Figueredo, los coroneles Silverio del Prado, Arcadio Leyte Vidal, Juan Rius Rivera, Pedro Martínez Freire, José Maceo Grajales, Guillermón Moncada, Leonardo del Mármol, Flor y Emiliano Flor Crombet; los tenientes coroneles Fernando Figueredo Socarrás (primo hermano de "Perucho" Figueredo y uno de los hombres de mayor confianza de Maceo y posteriormente de José Martí), José Lacret, Miguel Santa Cruz Pacheco, Vicente Pujals y Quintín Banderas; los comandantes Pedro Vázquez, Luis Feria, Jesús Sablón Moreno, conocido generalmente por Jesús Rabí, Benigno Marrero, Francisco Vidal, Agustín Portuondo, Antonio Soria, Agustín Cebreco, Rafael Rodríguez y Zayas Bazán; los capitanes J. Souvanel, Santiago Mederos, Manuel Romero, Pablo



Cancio y Félix Bana. Todos bien conocidos en el campo insurrecto por su valentía y arrojo.

Baraguá es una fértil llanura que está situada entre el caudaloso río Cauto, el mayor de Cuba, y uno de sus afluentes, el inquieto Bío; la llanura se halla interrumpida hacia el este por varios cayos de monte que se extienden sin interrupción hacia arriba por las lomas colindantes y que forman parte de la Sierra Maestra. Al fondo del llano se ven los famosos mangos: dos troncos colosales rematados en su parte superior por una sola copa; el hermoso ramaje de ambos troncos en su crecimiento se entrelazaron, injertándose, por obra de la naturaleza, unas ramas con otras hasta formar una enorme y única copa. Aquí, en Los Mangos de Baraguá, tuvo lugar aquel histórico encuentro entre el jefe español y el jefe mambí cuyo historial guerrero-revolucionario lo hacía el más genuino representante de la lucha independentista en aquellos momentos. ¡Iba a ser un encuentro de colosos!

Allí, en aquel hermoso lugar, en una hamaca bajo la extendida sombra de aquel enorme mango de dos troncos, esperó el general Antonio la llegada de su adversario. De los numerosos oficiales mambises que lo acompañaron desde el campamento de Sabana de San Juan, sólo estarían presentes en la entrevista el general Calvar, los coroneles Silverio del Prado, José Maceo, Guillermón Moncada, Arcadio Leyte Vidal y Pedro Martínez Freire; los tenientes coroneles Fernando Figueredo y José Lacret, el comandante Jesús Rabí, el médico doctor Félix Figueredo y otros oficiales de menor graduación. El resto de la oficialidad acompañante se hallaba al frente de numerosas tropas en las cercanías del lugar de reunión para garantizar la vida del general Martínez Campos y sus acompañantes y, en caso necesario, para impedir una traición, si ésta venía del campo contrario. Entre éstos se había quedado con su tropa el general Vicente García en San Agustín, a orillas del Cauto, lugar donde se había entrevistado un día antes con el general Maceo, conviniendo en que García permanecería en dicho lugar hasta después de la entrevista.



Por entre la vaga claridad brumosa de una mañana que pugnaba por salir del invierno, las avanzadas de Baraguá pudieron ver las siluetas de la comitiva que acompañaba a Martínez Campos que se acercaba al hermoso lugar de la entrevista. Rápidamente supo el general Maceo la noticia, y tan pronto vio que ponían pie a tierra, salió

a recibirlos. Martínez Campos dejó su caballo y deteniéndose frente al teniente coronel Fernando Figueredo, le preguntó: "¿Cuál de ustedes es el señor Maceo?"

El general Antonio ya caminaba al encuentro del jefe español y una vez cerca, éste trató de abrazar al primero, poniendo Maceo rápidamente su brazo por delante y frustrando así los intentos de su contrario. Maceo se sentía mortificado porque el jefe español no se había dignado darle el tratamiento de general, preguntando tan sólo por "el señor Maceo". El Titán de Bronce tenía gran orgullo en haber conquistado el grado de Mayor General, al cual había sido ascendido hacía poco tiempo, a fuerza de lucha tenaz, sin cuartel, a sangre y fuego, en una sucesión de ascensos asombrosos. Además, veía en este tratamiento de Martínez Campos un desconocimiento de su pasado heroico que lo hería profundamente y una premeditada ignorancia de la guerra contra España que aún no había terminado, a pesar del llamado Pacto del Zanjón.

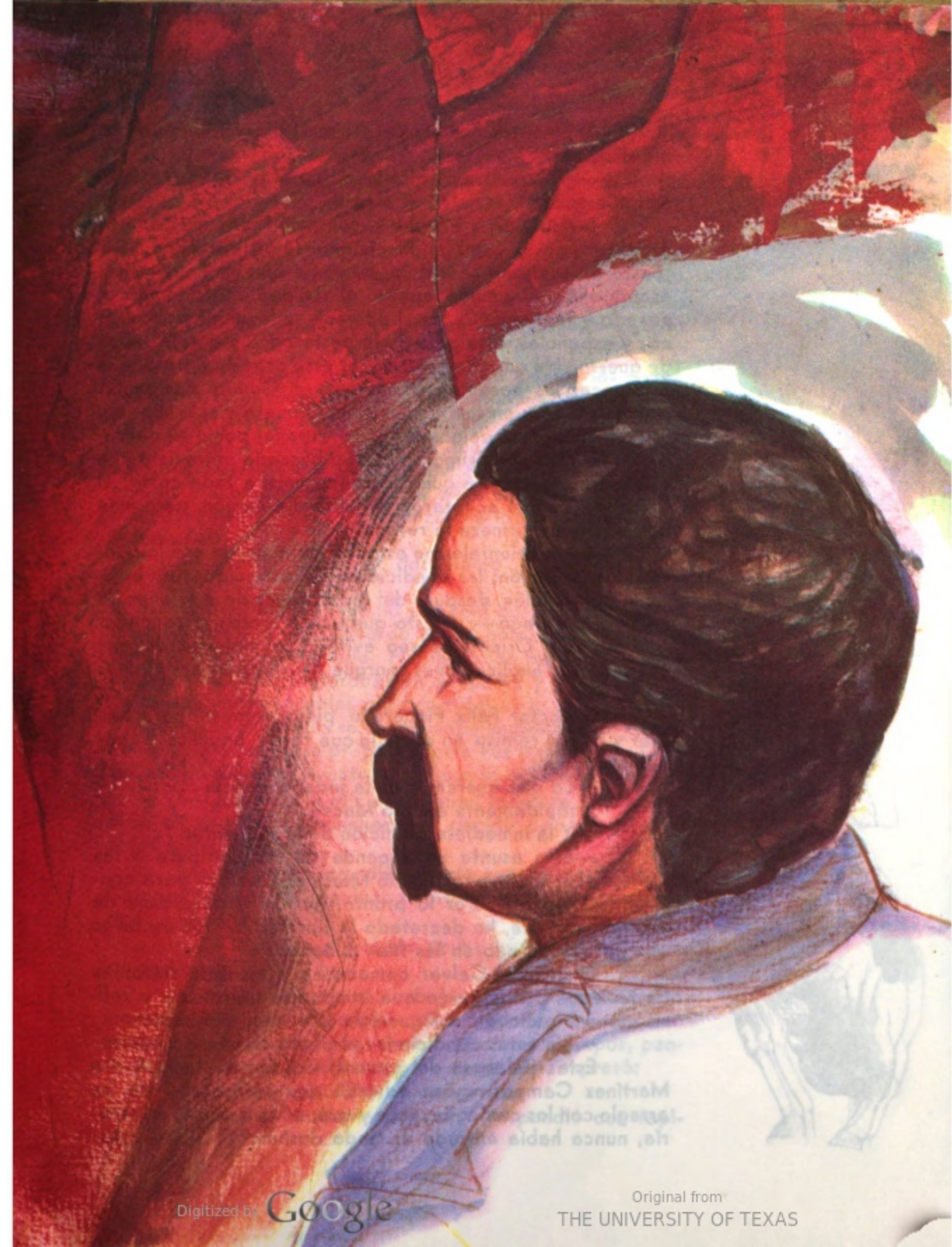
Maceo procedió de inmediato a hacer la presentación propia y la de los oficiales mambises presentes, haciéndolo en cada uno de los casos con el grado militar que cada uno ostentaba en el Ejército Libertador. A su vez, Martínez Campos hizo lo mismo con los de su comitiva. Terminadas las presentaciones, el general Maceo le ofreció a Martínez Campos su hamaca para que tomara asiento en ella, deferencia que agradeció el jefe español, y sentándose asimismo el Titán de Bronce en otra que quedaba frente a frente de la de su adversario.



El Pacificador vestía uniforme de campaña. Llevaba en las bocamangas los tres entorchados de oro y en la cintura el fajín, símbolos de la más alta jerarquía militar española; distinción ésta que sólo pocos oficiales habían logrado alcanzar hasta entonces en la historia militar de España. A punto de comenzar las conversaciones, Martínez Campos encendió un cigarro y ofreció otro a Maceo, quien rechazó cortésmente el ofrecimiento porque no acostumbraba a fumar. Y el general español tomó la palabra:

—Lamento mucho que no nos hayamos conocido antes —comenzó diciendo y tras una breve pausa continuó—: Me enorgullezco de conocer personalmente a uno de los cubanos más afamados y lamento no haber podido adelantar esta entrevista debido a mis compromisos con los generales Vicente García y Modesto Díaz . . .





Al oír estos nombres el General Maceo lo interrumpió diciéndole:

—¿Quiere usted que le presente a García? ¡Está con nosotros!

—Así lo supe anoche —contestó Martínez Campos algo cortado, y cambiando el tono de su voz añadió—: ¡Basta de sangre y sacrificio, bastante han hecho ustedes, asombrando al mundo con su tenacidad! Olvidemos el pasado y tengamos fe en el porvenir, y levantemos, cubanos y españoles, este país de la postergación de diez años de guerra. He querido aprovechar esta ocasión para darles a conocer las bases aceptadas por el Comité designado por los cubanos en sustitución de la Cámara y el Gobierno.

Con estas palabras el jefe español ponía al descubierto la intención primordial de su buscada entrevista con el general Antonio, a quien deseaba unir, a toda costa, al grupo de los que aceptaron el Pacto del Zanjón, pero éste con energía y firmeza le respondió:

—Los orientales no estamos de acuerdo con lo pactado en el Zanjón; las condiciones allí estipuladas no justifican la rendición, después del rudo bregar de diez años de lucha —y agregó—: Puesto que usted pretende conceder otro tanto a Oriente, deseo evitarle la molestia de que continúe sus explicaciones, porque nosotros no aceptamos esas bases.



El doctor Félix Figueredo pidió permiso para hablar y no fue remiso en decir lo que todos aquellos cubanos pensaban:

—Lo que queremos es la independencia . . .

Y rápidamente añadió Maceo:

—Y la inmediata abolición de la esclavitud . . .

—Este asunto no depende de mí; compete a las Cortes españolas —respondió Martínez Campos para continuar diciendo—: Por lo pronto, en mis atribuciones de General en Jefe, he decretado la libertad de los esclavos que hayan militado en las filas cubanas.

El general Calvar comenzaba a mostrar síntomas de molestia por el sesgo que tomaba la entrevista y refiriéndose a lo dicho por Figueredo y Maceo, manifestó:

—Sin estas condiciones el pacto es una deshonra.

Estas palabras del general cubano contrariaron a Martínez Campos, quien advirtió que se trataba de un arreglo con los camagüeyanos y que, en lo que a él se refería, nunca había entrado en nada deshonroso. La atmós-

fera parecía caldearse, y el doctor Figueredo intervino pronunciando algunas frases de armonía y esclarecimiento de lo expresado, con el ánimo de suavizar la dureza de las palabras de Calvar. En este momento el general español preguntó:

—¿Pero es que ustedes no conocen las bases del convenio hecho en el Zanjón . . . ?

—Sí, y porque las conocemos es que no estamos de acuerdo con ellas; no satisfacen nuestras aspiraciones —replicó Maceo.

—Pero ruego que se me permita explicarlas —volvió a intervenir Martínez Campos y añadió—: una cosa es leerla y otra dar a conocer sus ventajas.

Estas últimas palabras las dijo extrayendo el documento y pasándoselo al brigadier Polavieja para que lo leyera. Maceo, con toda energía, bruscamente, lo interrumpió nuevamente ante la insistencia de los españoles en su lectura:

—Guarde usted el documento . . . no queremos saber de él . . .

El Pacificador recogió el papel de manos de Polavieja, lo plegó y se lo guardó en un bolsillo de la levita, pero no se dio por vencido. Había venido para obtener de Maceo y su gente la aprobación del pacto y la aceptación de la paz, indispensables para su total éxito como mediador en lo que en España se denominaba **la cuestión de Cuba.** Volvió al ataque en su propósito, esta vez tratando de utilizar una táctica envolvente y propuso lo siguiente:



—Que toda la oficialidad aquí presente pueda reunirse en asamblea, escucharme y decidir por mayoría de votos sobre el Pacto.

Maceo se dio inmediatamente cuenta que Martínez Campos trataba de esquivar su intervención, por lo que le replicó sin demora:

—Es inútil: yo soy el eco de los jefes y oficiales que me rodean.

El último intento se acababa de estrellar contra la inconmovible intransigencia revolucionaria de Antonio Maceo y sus honrosos seguidores. Martínez Campos, pensativo ante el evidente fracaso de su gestión, expresó:

—Es decir que no nos entendemos.

—¡No, no nos entendemos! —respondió con rapidez Maceo.

—Entonces —replicó el general español—, ¿volverán a romperse las hostilidades?

—¡No hay inconveniente, y hasta que sea ahora mismo! —dijo el general Antonio con toda energía.

—¿Qué tiempo cree usted necesario para que todos los jefes vuelvan a situarse en sus zonas respectivas? —preguntó con voz de complacencia el jefe español.

—Ocho días, a contar desde hoy.

—¿Quiere decir que el 23 se rompen las hostilidades?

—¡El 23 se rompen! —afirmó rotundamente Maceo.

En Baraguá no había nada más que hablar y la entrevista se daba por terminada. El general Arsenio Martínez Campos se despidió de los mambises allí reunidos y, seguido de los suyos, tomó de nuevo el camino de San Luis, donde había dejado una parte de su séquito.

El capitán Fulgencio Duharte, conocido por Capitán Cambute, que estaba a pocos pasos de donde se llevó a cabo la conversación, al oír las últimas palabras de Maceo, dirigiéndose a los cubanos que se hallaban algo alejados del lugar les gritó a todo pulmón:

—¡Muchachos . . . , el 23 se rompe el corojo!

Como un eco repetido, la frase caminó en boca de los insurrectos hacia todos los lugares donde había tropas cubanas cuidando la entrevista:

"¡El 23 se rompe el corojo!" . . . "¡El 23 se rompe el corojo!"



Y el alborozo fue general, pues aquellos cubanos fieles a sus principios de lucha por la independencia, sólo ansiaban continuar la guerra hasta conseguirla por la fuerza de las armas o dar honrosa y heroicamente la vida por ella.

Martínez Campos había fumado constantemente, cigarro tras cigarro, durante toda la entrevista y una vez que se hubo marchado, Maceo, que observaba la partida en pie junto a otros jefes mambises, exclamó:

—¡Estoy mareado de tanto pitillo!

Poco después abandonaba también el general Maceo aquella hermosa sabana de Los Mangos de Baraguá para regresar a su campamento de Sabana de San Juan.

En horas de la tarde de aquel histórico día 15 de marzo de 1878, iba a tener lugar otra reunión muy distinta de la que se había celebrado en horas de la mañana. En ésta no habría españoles, sino sólo cubanos revolucionarios.



Según expresión de un testigo presencial, fue: "una junta de coronel para abajo en verbo de oficiales, para poder en ella deliberar lo que fuera más conveniente".

Esa junta o reunión de oficiales insurrectos sería la culminación de la famosa **Protesta de Baraguá.** Para poder ordenar bien el desarrollo de aquella verdadera asamblea mambisa, se designó por unanimidad al anciano coronel Silverio del Prado para que la presidiera, actuando como secretarios el también coronel Pedro Martínez Freire y el teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás. Magna asamblea de libertadores cubanos al aire libre de la indómita región oriental, en plena manigua redentora, para que pudiera expresar mejor las ansias libertarias de aquellos valientes y decididos insurrectos.

Abierta la discusión, se propuso que allí mismo se diese el mando de la continuación de la guerra independentista a uno de los generales que quedaban en la insurrección y que eran Antonio Maceo, Vicente García y Manuel Calvar. El Titán de Bronce, desde los primeros momentos, hizo saber a la asamblea que no aceptaría el nombramiento si recaía en él, como era seguro. Esto no significaba, sin embargo, que el general Antonio rehuyera la honrosa responsabilidad de la dirección revolucionaria, ¡eso jamás!; su negativa en tal sentido obedecía tan sólo a un vivo deseo de no ser obstáculo alguno a la unidad revolucionaria que era indispensable en tales momentos. Usaron de la palabra los coroneles Pedro Martínez Freire y Juan Rius Rivera, el admirable y admirado abogado puertorriqueño que peleó bravamente por la libertad de Cuba a lo largo de todas nuestras luchas independentistas, el presidente Prado y el secretario Figueredo Socarrás. De Rius Rivera se ha dicho que en su discurso estuvo enérgico hasta lo sumo, con palabras llenas de valor y fogosidad; "allí estaba, como siempre, en su puesto de honor, denunciando una cobardía: la paz con España . . . ", según expresó el propio Figueredo. ¡Y es que ése y no otro tenía que ser el temple de los hombres que siguieron a Antonio Maceo en aquella viril e histórica protesta! ¡Esa y no otra tenía que ser la postura inconmovible de la intransigencia revolucionaria que bullía en el ambiente cargado de principios libertarios! Allí pudo haber las necesarias diferencias en la aceptación de nombramientos, pero fue unánime la decisión en no aceptar nada de lo pactado en el Zanjón y llevar adelante, con todas sus consecuencias, la protesta hecha en horas de la



mañana en Baraguá frente a la dirigencia militar española.

Una hermosa luna tropical ya alumbraba a los asambleístas, cuando el doctor Félix Figueredo pidió la palabra para proponer que se formase un **Gobierno Provisional** de tres o más miembros y que todos fuesen insurrectos y ocupase la presidencia el que mayor votación obtuviese. Unánimemente se aprobó la proposición del médico Figueredo y se llevó a cabo la designación del gobierno, que quedó formado de la siguiente manera: como presidente, el mayor general Manuel Calvar y para vocales, con el carácter de secretarios, el coronel Leonardo del Mármol y los tenientes coroneles Fernando Figueredo Socarrás y Pablo Beola. El **Gobierno Provisional** juró de inmediato su cargo, y en uso de sus facultades acordó designar jefe del Ejército Libertador al general Vicente García y segundo jefe de la región oriental al general Antonio Maceo. Los dos jefes militares insurrectos recién designados, se dieron a la tarea de distribuir sus fuerzas en las diferentes jurisdicciones de Oriente, designando como jefes de las mismas a hombres del calibre de Guillermón Moncada, José Maceo, Flor Crombet, Juan Rius Rivera, Pedro Martínez Freire y Jesús Rabí. ¡La guerra, pues, seguía su curso! Y el general Martínez Campos se veía precisado a comunicarle a su gobierno en Madrid, cuatro días después de su entrevista con Maceo: "Difícil está la situación de la Isla para que tenga arreglo. Ahora manda un mulato que de arriero se ha convertido en general, que goza de mucho prestigio y que es muy querido."



Se acercaba el 23 de marzo, día en que se "rompería el corojo", según el típico decir de nuestros insurrectos, pero a pesar de la intransigencia mostrada por los cubanos, el general Martínez Campos mantenía alguna esperanza de solución pacífica. No es extraño, pues, que el día 22 invitara al Gobierno Provisional a una nueva entrevista, esta vez en el campamento español situado en Miranda. El general Calvar concurrió a la cita, acompañado de miembros del nuevo gobierno y algunos oficiales. El general español les ofreció, en plena manigua, un suculento banquete, en el que cubanos y españoles se sentaron en el suelo. Durante el mismo, Martínez Campos no cesó de manifestar sus sentimientos de admiración por la valentía de los cubanos y finalizando la comida se dirigió al general Calvar con estas palabras:

—Ustedes pueden hablar de sacrificios; está bien

que den su vida por lo que estiman un honor, pero ¿y la tropa y el infeliz soldado que en estos casos es una máquina que ejecuta y no piensa? Ustedes serán los responsables de las víctimas de mañana.

Calvar le respondió que no podía comprometerse a nada, ya que todo lo que se refiriese a la paz tenía que ser adoptado previo el consentimiento del pueblo que él representaba. Iba a terminar el nuevo encuentro y ya próximos a separarse Martínez Campos y Calvar, el primero exclamó:

—¿Será posible, señor Calvar, que mañana se rompan las hostilidades?

—¡Mañana se rompen! —fue la firme y tajante respuesta del general insurrecto.

¡Y el 23 se rompió el corojo! Los cubanos se lanzaron a la lucha, decididos, valientes, animosos. No así las tropas españolas, que por órdenes superiores adoptarían una nueva táctica tendiente a deshacer el movimiento de protesta criollo: ¡no pelearían! Al fuego de los insurrectos no disparaban, contestando tan sólo con gritos de "¡Viva la paz! . . .¡Viva Cuba!"

Esta actitud del enemigo comenzó a desconcertar a los cubanos acostumbrados a la recia lucha. Fue significativo lo que le pasó al propio general Maceo en los últimos días de marzo, cuando ya se había topado en más de una ocasión con los españoles sin que éstos le presentasen combate. Se le anunció al general Antonio que cerca de su campamento pasaba el enemigo con fuerzas numerosas y le dijo a su gente.



—¡Probaremos si contestan los fuegos!

Y dispuso que su hermano José saliera a batirlos con sesenta hombres. En ese momento salió de filas un sargento, conocido por su valentía y arrojo, y le dijo a Maceo:

—Mi general, suplico a usted que no me mande. No quiero tirarle a un enemigo que contesta con estas palabras: ¡Viva la paz! ¡Viva Cuba!

Dos meses trataron en vano aquellos dignos y valerosos cubanos de continuar la lucha frente a un enemigo que no quería pelear. La guerra no podría continuar en esas condiciones, pero ello no significaba que los insurrectos, bajo el liderazgo de Antonio Maceo, capitularan ante el enemigo. Depusieron las armas con tanto honor como si hubiesen vencido, porque ni en esas condiciones aceptaron las bases de paz del Pacto del Zanjón. A ello contribuyó el he-



cho de que España no podía continuar la guerra, pues estaba económicamente destruida, tanto como sus ejércitos en Cuba.

El general Martínez Campos proporcionó la salida de Cuba a los insurrectos que así lo desearon, sin aceptación de ninguna de las condiciones que había llevado a las dos entrevistas con los recios hombres de Baraguá. No era el fin de una guerra. Era una simple tregua. Y en calidad de tal abandonaron la lucha los cubanos.

Un oficial español que se distinguió frente a nuestros insurrectos en aquella guerra, el coronel Francisco de Camps y Feliú dijo con toda objetividad que: "La protesta de Baraguá es el acto más arrogante de toda la campaña desde el grito de Yara." Es un gran testimonio por venir de parte de un enemigo de la causa cubana.

Pero la Protesta de Baraguá fue algo más que un simple "acto arrogante", fue el más vibrante esfuerzo por continuar la lucha independentista con una nueva dirección revolucionaria, con la mejor dirección revolucionaria para aquellos momentos. Una dirección intransigente frente al enemigo y contra todo lo que no significase la independencia de Cuba. Por eso será siempre un gran ejemplo de intransigencia revolucionaria. Por eso nuestro José Martí pudo exclamar años más tarde: "Tengo ante mis ojos la Protesta de Baraguá, que es el documento más glorioso de nuestra historia."



BIBLIOGRAFÍA

1. DE CAMPS y FELIÚ, FRANCISCO. *Españoles e Insurrectos, recuerdos de la guerra de Cuba.* Establecimiento Tipográfico de A. Alvarez y Compañía, La Habana, 1890.

2. FIGUEREDO, FERNANDO. *La Revolución de Yara,* tomo II (Epílogo). Ediciones Huracán, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969.

3. FRANCO, JOSÉ LUCIANO. *La vida heroica y ejemplar de Antonio Maceo.* (Cronología), Comisión Nacional de la Academia de Ciencias, Instituto de Historia. La Habana, Cuba, 1963.

4. HART DÁVALOS, ARMANDO. "Discurso pronunciado en la Velada Solemne en honor de Antonio Maceo en el Teatro Payret, el 7 de diciembre de 1962." Obra Revolucionaria no. 33, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962.

5. HORREGO ESTUCH, LEOPOLDO. *Maceo, Héroe y Carácter.* Edición oficial del Cincuentenario de la Independencia, La Habana, 1952.

6. IBARRA, JORGE. *Ideología Mambisa.* Edición Cocuyo, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.

7. PORTUONDO DEL PRADO, FERNANDO. *Historia de Cuba I.* Editorial Nacional de Cuba, Editora del Consejo Nacional de Universidades, La Habana, 1965.

8. ZARRAGOITÍA, LEDESMA L. *Biografía de Antonio Maceo a través de doce momentos de su vida.* La Habana, 1945.

9. ----*Ideario Cubano III Antonio Maceo,* Recopilación y Prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring. Municipio de La Habana, Administración del Alcalde Dr. Manuel Fernández Supervielle, 1946.

10. ---- *Historia de Cuba.* Dirección Política de las F.A.R. La Habana, 1967.



ANTONIO MACEO

La protesta de Baraguá

Antonio Maceo, aguerrido mambí, a la terminación de la Guerra de los Diez Años había participado en ochocientas acciones de guerra; tenía veintidós heridas de balas españolas, había ascendido por su bravura, de soldado a mayor general jefe de Oriente, y contaba treinta y tres años de edad.

Pero Antonio Maceo no fue sólo gran combatiente y magnífico estratega, sino también patriota irreductible de clara visión política. El grito de ¡Independencia o muerte! afirmaba su intransigencia revolucionaria, que tuvo su máxima expresión en su repudio al Pacto del Zanjón.

La protesta de Baraguá, que convirtió la derrota de las tropas mambisas en una tregua, se presenta a través de las páginas de este pequeño libro, en forma amena y sencilla.

